

El Diccionario
del

DIABLO

Ambrose Bierce



Inspirado por la misma contemplación aséptica e implacable de la naturaleza y de la sociedad humanas, el *Diccionario del diablo* es fruto de un constante trabajo que, sobre todo en su labor periodística, Ambrose Bierce (1842-¿1914?) fue alumbrando desde 1868 hasta 1911. Este libro singular, en el que la precisión quirúrgica de la expresión y la agudeza conceptual brillan con fuerza, conoció un éxito instantáneo, además de encontradas opiniones, desde el mismo momento de su publicación y es uno de los grandes libros satíricos de todos los tiempos.

AMBROSE BIERCE EL DICCIONARIO DEL DIABLO

Por Enrique López Castellón
*Director del Departamento de Filosofía de
la Universidad Autónoma de Madrid*

El nacimiento de una nación

Los años de niñez y de juventud de Ambrose Bierce coinciden con el principal impulso que llevó a la gestación definitiva de Estados Unidos como nación de proporciones continentales. Por eso, los historiadores de estas décadas en torno a la mitad del siglo XIX dirigen más su atención a las etapas del desarrollo americano que a las personas de los presidentes y a los acontecimientos políticos. Ese desarrollo es, ante todo, crecimiento demográfico (en 1830 el territorio de Estados Unidos, albergaba trece millones de almas; treinta años más tarde eran treinta y un millones). Las causas son dobles: emigración y elevada natalidad. En este aspecto, la familia Bierce es prototípica: trece hermanos, padres granjeros y descendientes de los colonos de la Nueva Inglaterra del siglo XVII, que se desplazaban hacia el oeste del país huyendo de la carestía de la costa atlántica, fomentada por un desarrollo industrial y comercial en estados como Nueva York, Nueva Jersey, Pennsylvania, Maryland, Ohio, Michigan o Illinois, donde la vida agrícola y ga-

nadera empezó a languidecer. Todos estos hechos hicieron retroceder constantemente la frontera, realizándose lo que un editor de la época definió como «el destino evidente» de Estados Unidos de extenderse hacia occidente hasta alcanzar la costa del pacífico.

Para cumplir este «destino», Estados Unidos fue incorporándose nuevos territorios hasta alcanzar sus fronteras actuales. Uno de ellos fue Oregón y otro Texas, que había formado parte de México, lo que motivó una guerra con este país. El descubrimiento de oro en California despertó una «sed» a cuyo impulso se pobló toda la zona con buscadores y aventureros. Paralelamente, el ferrocarril empezó a unir puntos tan distantes que sin su ayuda difícilmente se hubiesen puesto en comunicación, lo mismo cabe decir del nacimiento y la expansión de la navegación a vapor. El telégrafo inventado por Morse en 1844 y la maquinización de la agricultura fueron también fenómenos que acompañaron a profundas transformaciones culturales, como el incremento de la escuela pública frente a las confesionales, y la publicación de los primeros periódicos a precios populares. La infancia de Ambrose Bierce se encuadra en estos hechos y en cierta medida queda marcada por ellos, si entendemos que la biografía de un individuo está configurada por la historia de su país.

Con todo, la niñez de Bierce es también la de una grave crisis provocada en parte por la industrialización que ahondó las diferencias entre el sur agrícola y el norte industrial, incluida la parte del oeste en torno a los grandes lagos que se estaba industrializando. Por otra parte, la expansión hacia el oeste planteaba una vez más el problema de la extensión de la esclavitud a los nuevos territorios y a los estados nacientes. El problema, no resuelto sino aplazado con el compromiso de Missouri (1820), reapareció con toda su gravedad en 1854 al aprobarse el Acta de Kansas-Nebraska, que permitía a los habitantes decidir si estos territorios serían esclavistas o no, aunque estaban situados en una zo-

na no incluida en el compromiso citado. La más importante consecuencia de esta crisis fue la fundación en 1854 del Partido Republicano (al que pertenece el presidente Bush), al que se unió el partido Whig («liberal»), cuya organización estaba en trance de desaparecer. A su vez, el Partido Demócrata, que ya existía desde años atrás y que propugnaba la abolición de la esclavitud (idea en la que participaba la familia Bierce), se incrementaba con los seguidores del Partido del suelo libre.

Los demócratas vencieron en las elecciones de 1852 y 1856, pero en 1860 no presentaron una candidatura exclusivamente con la comprensible división de sus votantes que posibilitó la elección del republicano moderado Abraham Lincoln, opuesto a la esclavitud. Apenas conocidos los resultados de la votación, Carolina del Sur proclamó su retirada de la Unión, poniendo como motivo precisamente el problema de la esclavitud. Se separaron luego otros seis estados (Mississippi, Florida, Alabama, Georgia, Louisiana y Texas) que formaron con Carolina del Sur los Estados Confederados de América, eligiendo como presidente a Jefferson Davis. Con el ataque de los confederados a Fort Sumner comenzó la guerra de Secesión que duraría cuatro años y solo concluiría con la rendición del general sudista Lee al general nordista Grant. Ambrose Bierce participó muy activamente en esta guerra que, después del ambiente familiar, fue el factor que marcó su carácter para el resto de su vida.

Durante esta contienda civil se había desarrollado una actividad política y diplomática que fue importante para el resultado final. En plenas hostilidades, el 22 de septiembre de 1862, Lincoln había proclamado la emancipación de los esclavos. La victoria de la Unión, por la que Bierce había combatido, se debió en gran medida a su aplastante superioridad numérica (22 millones de habitantes en el norte frente a 9 millones en el sur y de ellos 3 millones y medio de personas eran esclavas). De nada valió la mejor prepara-

ción y habilidad técnica de estos últimos. La guerra de Secesión fue, además, la primera guerra moderna por el número de personas movilizadas y por los medios de destrucción empleados, sin contar las enormes posibilidades que ponía a su disposición el uso del ferrocarril para el traslado de tropas y material, del telégrafo, de alambradas y de barcos acorazados.

Terminado el conflicto se imponía una doble tarea de reconstrucción: la del sur en sí mismo y la unidad nacional de Estados Unidos. Lincoln aspiraba a la reconciliación, pues comprendía que el retomo de los sudistas al seno de la Unión solo se lograría evitando los castigos. Pero cinco días después de acabar la guerra Lincoln fue asesinado. Sus sucesores Andrew Johnson y el general Grant no poseían sus cualidades. Tal vez por ello, la era de la reconstrucción que duró hasta 1877 (en que Bierce tenía ya 35 años) fue una etapa oscura empeorada por los republicanos radicales que exigían a los vencidos sudistas duras condiciones para ser readmitidos en la Unión. Además de tres enmiendas a la Constitución, por las cuales se abolía la esclavitud y se reconocía derechos civiles y políticos, a las personas que la estaban sufriendo, los radicales republicanos lograron aprobar el Acta de Reconstrucción que permitía acceder al poder a los libertos, junto a otras personas marginadas. Con todos sus fallos, estos gobiernos no solo emprendieron la reconstrucción material del sur, sino que dictaron leyes beneficiosas sobre enseñanza pública y asistencia social. La oposición de los blancos sudistas a la adquisición de los derechos civiles y políticos por la población negra dio origen a organizaciones terroristas, como la sociedad secreta Ku Klux Klan.

En la política general estadounidense este período está ensombrecido por el eclipse del poder ejecutivo y por la corrupción y la especulación que afectaron incluso a quienes detentaban los más altos cargos públicos. Este fenómeno se acentuó sobre todo bajo la presidencia del gene-

ral Grant. Es importante tener en cuenta este hecho para comprender la profunda desconfianza de Bierce hacia los políticos y hacia los seres humanos en general, cuyas relaciones parecen reducidas, a su juicio, a un juego de intereses personales presidido por la explotación y el engaño. Pese a ello, el período que abarca desde aquí hasta el comienzo de la primera guerra mundial (1914), fecha en que parece que murió Bierce, se produjo una revolución económica que afectó a todo el país, merced al descubrimiento y la explotación intensiva de valiosas materias primas (carbón, hierro, cobre, petróleo); los avances técnicos; la construcción de una densa y extensa red ferroviaria; la formación de un mercado interno de alcance continental, la acumulación de capital y el recurso a préstamos de capital extranjero. Las últimas décadas de la vida de Bierce coinciden, pues, con un liberalismo económico desenfrenado y con un estricto proteccionismo aduanero. Estados Unidos se aleja de la democracia rural soñada por Jefferson y se convierte en un país industrializado y urbanizado, con todas las consecuencias. La estandarización técnica lleva emparejada una estandarización cultural, esto es, la primera cultura de masas de la historia, canalizada a través de la prensa periódica en la que Bierce trabajó durante muchos años de su vida y a la que debe la difusión de la mayoría de sus escritos.

Mientras tanto, en el vecino México, la dictadura de Porfirio Díaz había intentado con inteligencia y energía convertir a la nación en un país ordenado y económicamente próspero. Su mayor problema era, sin embargo, la gran insensibilidad que mostraba hacia los problemas del pueblo, en contraste con su enorme sintonía con las oligarquías económicas. Las reformas, introducidas por Benito Juárez fueron siendo revocadas u olvidadas paulatinamente. Porfirio Díaz impuso un orden que los mexicanos acomodados y los extranjeros juzgaron eficaz. La policía rural («los rurales») mataban o encarcelaban indiscriminadamente a bandidos y

a enemigos políticos del régimen. Las tierras comunales y las de los pueblos indios fueron cedidas a latifundistas y especuladores. La situación creó un profundo malestar que se tradujo en el Plan de San Luis en el que Francisco Madero incitó a rebelarse contra el dictador. La población apoyó la insurrección apoyados por líderes legendarios como Pancho Villa. Así consiguieron derrotar a las tropas del gobierno obligando al dictador a abandonar el poder y el país. Lamentablemente, Francisco Madero no supo mejorar la situación, ni siquiera consolidar su régimen, en parte por el asedio de los conservadores, que habían encontrado un nuevo dirigente en la persona del general Victoriano Huerta, aliado con el embajador de Estados Unidos, Henry Wilson que había fomentado una masiva inversión de moneda extranjera en la economía mexicana con la mira puesta en acentuar la dependencia política. Tras varios asesinatos, incluido el del presidente mexicano, Huerta tomó el poder aunque no logró imponer su autoridad en las vastas regiones controladas por líderes populares como Pancho Villa y Emiliano Zapata.

Finalmente, el nuevo presidente norteamericano destituyó al embajador de su país y abandonó la política de apoyo a Huerta. Las fuerzas populares recibieron ayuda de Estados Unidos, y Pancho Villa se procuró armas en abundancia al norte de la frontera, pagándolas con el ganado requisado a los ricos propietarios de México. Huerta se vio forzado a escapar y, en 1815, Carranza, a la cabeza del Partido Constitucionalista, se convirtió en presidente de la República. Es probable que Bierce, agobiado por asma, no contemplara este final. Tras haber obtenido una acreditación para entrar en México, se unió a las fuerzas populares. Tenía más de setenta y dos años, y sus momentos finales se pierden entre el caos de la guerra y la revolución. El novelista mexicano Carlos Fuentes imaginaría después la estancia definitiva de Bierce en México en *Gringo viejo*, relato

que con el mismo título fue llevado al cine con un excelente Gregory Peck interpretando a Ambrose Bierce.

Nota biográfica

Ambrose Gwinett Bierce vino a este mundo que tan hondamente despreció en el verano de 1842. Su familia, perteneciente a una comunidad calvinista y puritana, residía pasajeramente en Horse Cave, en el condado de Meigs (Ohio), territorio entonces de frontera que infundía en sus habitantes un espíritu pionero. Arrastrada por la marea emigratoria que huía del encarecimiento de la vida en Nueva Inglaterra, la familia se adentró hacia el oeste hasta establecerse en Indiana. Eran granjeros y tenían trece hijos, aunque algunos no sobrevivieron a la infancia. Tanto en la relación con sus padres, Marcus Aurelius y Laura, como respecto al colegio donde estudio, Ambrose fue tratado con el mayor de los fanatismos religiosos. El calvinismo era una secta protestante fundada por un teólogo francés, para la cual Dios elige a los individuos que han de salvarse y los que han de condenarse, pues la depravación innata del hombre como consecuencia del pecado original le incapacita para contraer méritos. Admitía solo dos sacramentos: el bautismo y la eucaristía, y en este último solo se hallaba Cristo presente «en espíritu». Esto explica la ironía de Bierce hacia los teófagos católicos que creen «comerse a Cristo» en la comunión. Una rama de esta secta fue el puritanismo inglés en el que creían muchos de los emigrantes que poblaron las colonias norteamericanas en el Atlántico. El ideal social de los puritanos era una teocracia, como la que impusieron en Massachusetts, con un clero fuerte y un control directo y total de la conducta de sus fieles. No sabemos con exactitud si la austeridad de los Bierce respondía a exigencias religiosas o constituía una imposición de la situación de pobreza en que les tocó vivir. En todo caso, el Am-

brose adolescente sometido a estas torturas psicológicas e incluso físicas (los castigos corporales sancionaban cualquier desviación mínima de la norma) era, como no podía ser de otro modo tratándose de un individuo inteligente, un chico resentido contra unos padres donde había encontrado más represión que cariño, anticlerical y extremadamente crítico e irónico con todo lo que le olía a religión. Con todo, su visión determinista de la vida, su convicción de la necesidad del castigo le acompañarán toda la vida como una muestra de los estragos inconscientes de una educación religiosa. Si a ello añadimos la ausencia de todo cultivo intelectual, literario y artístico, comprenderemos que el recuerdo que guardó Bierce de su infancia fue el de una penuria extrema en todos los aspectos del término. Bierce desarrolló, pues, la imaginación como forma de escape y se interesó más por emular a sus heroicos antepasados aureolados por hazañas bélicas que a los sucios y resignados granjeros que le rodeaban incluso en Warsaw, la capital del condado donde vivían. Los refugios del futuro periodista se reducían a la serenidad de los bosques cercanos, la reducida biblioteca de su padre y el trato con su tío, el general Lucius Verus Bierce, paladín de la cruzada antiesclavista, lo que le situaba por encima de la mediocridad social de la localidad. La fascinación por la naturaleza y el deseo de no perder nunca el contacto íntimo con ella venían a contrastar con un ideal quijotesco y un afán redentor que solo su desconfianza en la fuerza de voluntad del ser humano le obligaba a paliar.

Con el ánimo de que la guerra, que parecía inevitable, iba a implantar un régimen basado en la justicia ingresó en el Instituto Militar de Kentucky y tras regresar pasajeramente a Indiana se alistó en el noveno destacamento de infantería. Tenía diecinueve años y acababa de estallar la guerra de Secesión, donde muchos jóvenes idealistas creían que solo se iba a luchar por la supresión de la esclavitud. Cuatro años de exposición a la vida militar y de contacto habitual

con el fallecimiento de camaradas cercanos bastaron para moldear su personalidad amargada y resentida, obsesionada con la muerte. Esta actitud de base se tradujo en dos expresiones distintas que su biógrafo MacWilliams sintetizó así: «una crítica aguda y punzante del mundo de corrupción y ausencia de valores que surgió con la caída del idealismo y, además, una crítica del propio conflicto como algo terrible». El joven militar vivió los sangrientos combates de Chattanooga, Chickamauga, Nashville y Shiloh, que acentuaron su convencimiento de que las relaciones humanas tienen siempre un aspecto bélico, siendo los períodos de paz breves treguas de la lucha universal. El terror, para él, no solo era una creación literaria aprendida de su maestro Poe, sino una vivencia intensa donde lo absurdo y efímero de la vida se revelaba como una doctrina última que exigía pesimismo a todos sus fieles y creyentes y una fe ciega en la existencia de una mano invisible que, en nombre del destino, movía los frágiles hilos de las vidas humanas. Es de señalar que Bierce se había alistado solo por tres meses, pero amplió su estancia en el ejército tres años, en los que actuó como topógrafo, explorador y racionero, llegando a ser lugarteniente segundo de voluntarios, lugarteniente primero y oficial topográfico para las tropas del general Williams B. Hazen. En comparación con las estrecheces económicas y las rigideces educativas de su familia la vida militar, el ambiente de camaradería y de aventurerismo cautivó el espíritu del joven soldado que siempre recordaría con nostalgia estos años, pese a los horrores de la guerra. Por primera vez se sintió respetado e incluso admirado por su arrojo y su frialdad. Hasta llegó a comprometerse con una muchacha de Indiana, Fátima Wright, aunque rompió su relación con ella cuando fue herido de cierta importancia en la montaña Kennesaw, teniendo que regresar a su casa. Estamos en 1867, Bierce tiene veinticinco años y se halla en una etapa decisiva de su vida. Un año antes, en una expedición con el general Hazen, había conocido San Francisco, el

punto culminante del «lejano oeste», con su modo de vida libre y aventurero, emprendedor y encendido por la «fiebre del oro» y por el calor de las polémicas públicas que se expresaban en la prensa periódica. Fue tal vez el afán de Bierce por intervenir en tan acalorados debates lo que le decidió a escribir en el *San Francisco News Letter*, donde tuvo una columna fija que firmaba con el nombre de «pregoneero». Aquí empezó a encontrarse a sí mismo y a dar un sentido a su vida que no le había suministrado su anterior trabajo en la casa de la moneda en Alabama ni sus viajes a Panamá y a Nueva Orleans. California es en estos tiempos su gran esperanza y donde empieza a escribir poesías, relatos breves, ensayos y artículos que aparecen en diarios locales como *Californian* y *The Golden Era*. Estos primeros trabajos eran realmente proclamas contra la hipocresía que sonaban bien en el clima de un Estado que, desde los Estados con poblaciones mayoritariamente puritanas, era considerado «hereje».

Durante estos años en San Francisco Bierce entabló relación con James Watkins, periodista inglés, que le instruyó en las reglas de la literatura periodística, constituyendo para él una orientación profesional reconocida. Concretamente, nuestro autor desechó desde el primer momento tanto el realismo imperante en ese momento, como un eco de los gustos europeos, como la ficción regionalista, tan pintoresca como corta de miras. Por el contrario, su referencia literaria es aquí el Mark Twain de sus años de periodista con sus narraciones satíricas como *La célebre rana saltarina del distrito de Calaveras*. Bierce escribe sus *Artículos canosos* y un primer relato: *El valle preferido*. Precisamente el día de Navidad de este año, 1871, contrae matrimonio con Mery Ellen Day, hija de un rico minero, llamada en familia Mollie. Tras una breve estancia en San Rafael, su suegro le ayudó económicamente para que viajara con su esposa a Londres y se instalara allí. Su breve estancia de tres años le brindó el período más feliz y próspero de su vida. Su elegancia y su

ingenio encantaron a los ingleses y pronto pudo escribir para *Fun* y *Figaro*, además de actuar como corresponsal para el *Alta California* de San Francisco. Vivieron en Bristol y en Bath, tuvieron un hijo, Day, y viajaron con la madre de Mollie a París. Con el pseudónimo de Dod Grile publicó dos libros de esbozos y epigramas que tituló *Las delicias del Diablo* y *Pepitas y polvo extraídos de California*. Al año siguiente, 1874, publicó las fábulas contenidas en *Telarañas de una calavera vacía* e hizo colaboraciones para *The Lantern*. Vivían en su tercera residencia de Inglaterra, Leamington, y allí nació su segundo hijo, Leigh. Pero poco después Mollie, embarazada de una niña, abandonó a su esposo y regresó a California con sus hijos. Las cargas familiares, el carácter de su esposo y la inadaptación a la sociedad inglesa pesaron en su decisión. Bierce la seguiría meses después tomando una decisión dolorosa que le obligaba a abandonar esa «tierra prometida» que fue para él Inglaterra, regresó a San Francisco con su familia. Ya había nacido su hija Helen, pero el humor del periodista se había hecho más amargo y más mordaz, como pudo translucir al ser nombrado redactor del *Argonaut*, donde inauguró su página «Cotilleos». Parecía que ese destino en el que creía, le había predestinado a seguir trabajando como periodista y editor, pues intentó trabajar como agente de una compañía extractora de oro en Dakota, pero esta quebró y su director acabó en la cárcel de Sing Sing como culpable de estafa y de corrupción. Hubo de volver a San Francisco y dirigió *Wasp* (*La avispa*), un nombre que cuadraba bien a la literatura picante y ofensiva de nuestro autor. En estos meses da a conocer su *Mapa de la región de las Colinas Negras* (nombre del lugar donde había estado su compañía minera) y los recopilados en *La danza de la muerte*, así como una serie de definiciones satíricas que fueron el embrión de su *Diccionario del Diablo*.

Cuando se entera de la muerte de sus padres, el «amargo Bierce», como le llamaban en Londres sirviéndose de la

similitud fonética de su apellido con el término inglés *bitter* («amargo»), ni siquiera derrama una lágrima por aquellos «sucios salvajes» a quienes el fanatismo religioso les impedía sentir afectos. Entre 1881 y 1889 Bierce vivió en nueve localidades distintas buscando en los espacios abiertos el aire puro que necesitaba para aliviar su asma. En estos años conoce al magnate de los periódicos norteamericanos del momento, William Randolph Hearst que le invitó a colaborar en el *San Francisco Examiner*. El periodista encuentra en esta tribuna el lugar idóneo desde el que derrochar su desprecio hacia los magnates locales y nacionales y hacia los escritores de poca monta, hasta el punto de convertirse en el crítico literario por excelencia de toda la costa oeste.

Sin embargo, los éxitos profesionales no se compaginan con la felicidad matrimonial. Mollie sospecha de sus constantes cambios de residencia y de su vida en hoteles situados en montañas apartadas y de difícil acceso; temiendo que su esposo le es infiel. Mollie le abandona. Ambrose ha de enfrentarse solo a la enfermedad y a la muerte prematura y absurda de sus dos hijos varones: Day caído en un estúpido duelo por motivos amorosos y Leigh víctima del alcohol. Estamos en 1888; en 1905 la separación de la pareja desemboca en el divorcio, el mismo año de la muerte de Mollie. Con todo, Ambrose confesará a su hija Helen que su madre era la única mujer a la que realmente había querido.

Precisamente en estos años de dolor escribe los relatos breves que le concederán un puesto en la historia de las letras americanas: *Un suceso en el puente sobre el río del Búho* o *La muerte de Halpin Frayser*. En 1897 le encontramos trabajando para Hearst en Washington. Aquí publica *El vocabulario de un cínico*, primer título de *El Diccionario del Diablo*. En una estancia en San Francisco da a conocer sus *Fábulas fantásticas*. Antes había agrupado los cuentos aparecidos en diversos diarios en un volumen que tituló: *Relatos de soldados y de civiles*; editado *Escarabajos negros* en

ámbar, un título que parece más apropiado para una narración fantástica al estilo de Poe que para un libro de poemas; y traducido, en colaboración con un amigo dentista, Gustav Adolph Danziger, a partir de un original en alemán, *El monje y la hija del ahorcado*.

Cuando el siglo se acaba se instala en Washington y frecuenta el Army and Navy Club, donde se reúne con militares. Carrie Chistiansen se convierte en su enfermera y en su secretaria. *¿Pueden suceder tales Cosas?* es otra colección de relatos que contribuye a asentar la fama de Bierce, junto a *Figuras de arcilla*, otro libro de poemas. En 1908 empieza a recoger sus *Obras completas*, que empiezan a tomar cuerpo cuatro años después, mientras hace planes para viajar a Sudamérica atravesando México. Sabemos que a primeros de octubre de 1913 Ambrose Bierce hizo un viaje al pasado: recorrió enfermo y a solas los campos de batalla de su juventud. Aún le parece escuchar el estruendo de la guerra en parajes que ahora son plácidos terrenos habitados por gentes pacíficas. En México, por el contrario, arde la revolución. Bierce obtiene una acreditación que le permite atravesar la frontera de El Paso para pasar a Juárez y desde allí llegar hasta Chihuahua. El día de nochebuena de 1913 envía dos cartas donde expresa su deseo de ir a Ojinaga para unirse a las tropas de Pancho Villa.

Para un hombre de sesenta y dos años y con asma crónica que apenas le deja respirar es como una muerte buscada. Tal vez pretendía morir en el campo de batalla junto a hombres que luchaban por la justicia y la libertad. Nadie ha sabido aclarar nunca las circunstancias concretas de su muerte. Pero ciertos autores mexicanos como Juan Rulfo (con su uso metódico y sugerente de la lengua) y Carlos Fuentes (con el relato novelado de sus últimos días) parecen haber rendido un tributo literario a la desaparición de Bierce, el «amargo», emplazado a morir como su homónimo en el romance de García Lorca.